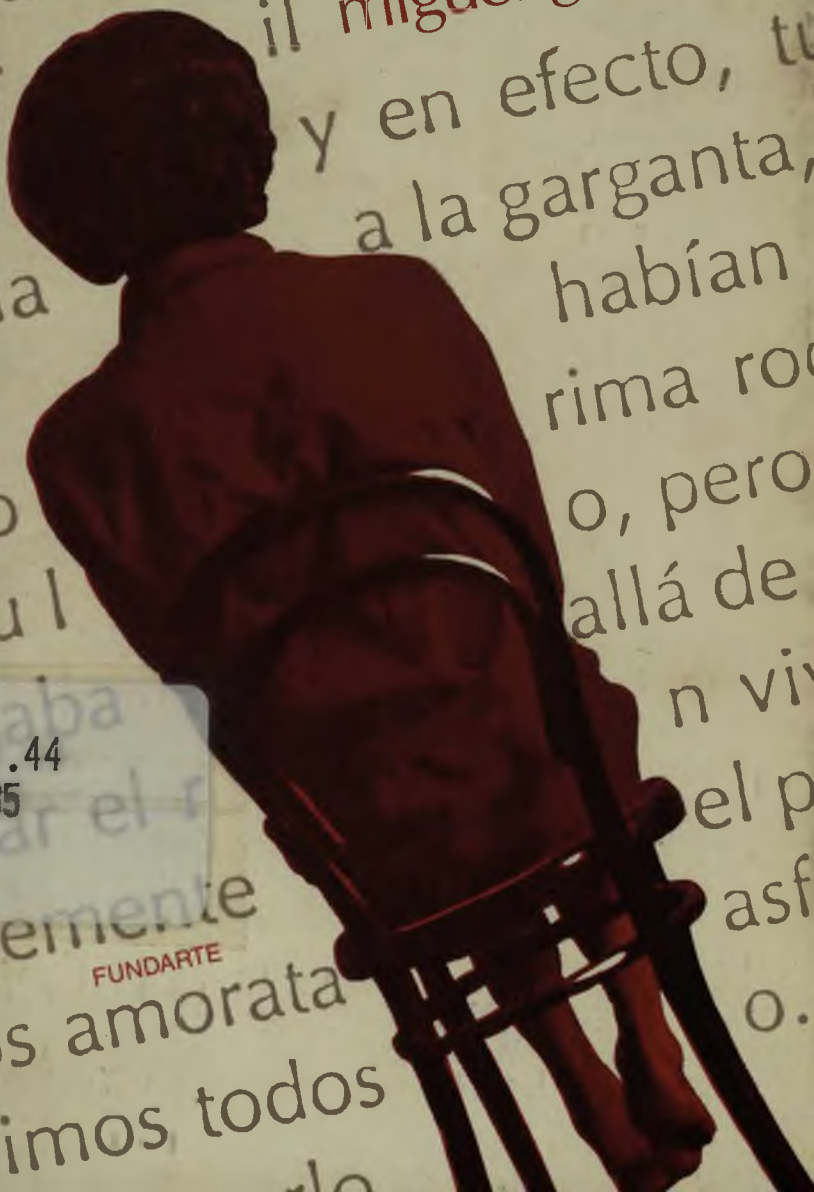


nueca  
sentó. Un camarero atar  
**VISION MEMORABLE** No  
que le trajeran un plato de  
il miguel gomes la  
y en efecto, tu  
a la garganta,  
habían  
rima roc  
o, pero  
allá de  
n viv  
el p  
asf  
o.



61.44  
335

FUNDARTE

permente  
os amorata  
rimos todos  
lo

**VERBOS PASIVOS**

Dentro del panorama que ofrece la narrativa venezolana actual, el libro **Visión memorable** del joven escritor Miguel Gomes no deja de ser alentador. Huyendo de los tópicos convencionales de una literatura del inventario, Gomes nos sorprende antes que nada al oponernos un universo personal de factura muy convincente. La excelente escritura de este conjunto de relatos -enemiga de cualquier retórica, eficaz en sus intenciones narrativas, amante de la buena sintaxis- se atiene a sus propósitos. No sería exagerado hablar aquí de una tradición literaria foránea que alimenta la fibra narrativa de Gomes, que le otorga otros puntos de referencia ajenos a los reflejos literarios locales. Su libro debe apreciarse, sobre todo, como la construcción lograda de lo que hemos llamado un universo, universo inicial del que no puede esperarse sino signos cada día más densos y determinantes.

---

...ca  
...caí  
...ló  
...azo  
...o ges  
...ato.  
...xia se retor  
No basta  
os cocineros  
...ado

PE 2000 BS)

LF13

BIBLIOTECA NACIONAL  
CARACAS - VENEZUELA

CAR 6375

*Stepili*  
e 3

CUADERNOS DE DIFUSION

BIBLIOTECA NACIONAL

V861.44  
G6335  
e.3

MIGUEL GOMES

# VISION MEMORABLE

(1980 - 1985)

FUNDARTE

*Visión memorable*  
Miguel Gomes

Colección "Cuadernos de Difusión", N° 104  
Diseño: Baltazar Armas  
Impresión: Editorial Arte  
ISBN 980-253-020-4  
Fundarte, 1987

Fundarte  
Coordinación de Publicaciones  
Edif. Tajamar (Pent-House)  
Parque Central, Av. Lecuna  
Caracas, Venezuela

Apartado Postal 17559  
Caracas 1015 A

*A Mercedes y Francisco Rivera.*

*Una ciutatz fo, no sai cals,  
On cazet una plueia tals  
Que tug l'ome de la ciutat  
Que toquet foron dessenat.*

*Tug desseneron mas sol us;  
Aquel ne escapet, ses plus:  
Que era dins una maizo  
On dormia, quant aiso fo.*

*Aquel levet cant ac dormit  
E fo se de ploure gequit  
E venc foras entre las gens.  
E tug feron dessenamens.*

PEIRE CARDENAL

FUNDACION  
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS  
"ROMULO GALLEGOS"  
BIBLIOTECA

## URBANA.

Urbana es el nombre de la mujer indefinida que buscaba. Pregunté por ella en una esquina y me señalaron cierto callejón a oscuras.

Ni siquiera había presentido quién podía estar allí. Me detuve antes de entrar.

Miré a un lado y a otro; no vi a nadie.

Era el momento indicado, pensé. Pero si en toda mi vida jamás había aprovechado una buena oportunidad ¿por qué habría de aprovechar ésta?

Sin mirar atrás, regresé por donde había venido.



## DIES IRAE.

El día de hoy nos dedicamos a gritar.

Desde el amanecer no se escuchó nada más en la ciudad.

Ninguno de nosotros pensó siquiera en detenerse.

Otros mil años no habrían podido hacernos desistir.

## ATARAXIA.

A la anciana apenas la vi. La hilera de carros que esperaba su turno para pasar sobre ella llegaba a las afueras de Caracas.

## ENXIEMPLO.

El agua en el baño. Había olvidado cerrar la llave. Entré y en la confusión del vapor detuve la ducha. Mi imagen apenas pude sospecharla en el espejo empañado. Era mejor así.

Un olor a almizcle. Comprendí que había dejado la cafetera conectada. Estuvo a punto de fundirse. Ya no quería café.

La cama aún revuelta y vacía.

Desde el último rincón del apartamento era fácil percibir el ajetreo de una rata. A veces, durante la noche, podía oírla merodeando en el cuarto. Las campanadas del reloj de la sala debieron acallarla.

Corrí, como de costumbre, para vestirme. En pocos minutos la gente empezaría a despertar y saldría irremediablemente a la calle.

Ya a punto de cerrar la puerta supe que dejaba dentro el maletín. Regresé por él a toda prisa y esta vez nada pudo impedir que saliera.

No había nadie en la calle. De todas maneras, permanecí al acecho tras algunos arbustos, hasta divisar el autobús.

Subí.

Por suerte estaba vacío.

Haciendo equilibrios para no irme de bruces en medio del estremecimiento de los asientos, llegué a la cola y me dejé caer, aliviado.

Al volante, el conductor sonreía.

## SEPTIEMBRE.

Es el más irreal de los meses.

La brisa, como los presentimientos, recorre inquieta cada callejón, cada avenida, arrastra consigo periódicos viejos —cometas a la deriva, sin niños y sin tiempo.

Septiembre, inmóvil, yace al lado de la Muerte. El calor, la lluvia frágil, los gritos en la lejanía, anuncian su llegada. Con él todo concluye y todo comienza.

Las calles, imperceptiblemente, se abandonan a sí mismas. Los peatones desaparecen sin dejar rastro. El peso de la ciudad, monstruoso, cae sobre mí.

Los relojes se detienen. Algunos dan a capricho la hora que más le conviene a la soledad.

El silencio se apodera de los parques. Los árboles enmudecen. A fuerza de tristeza, los pájaros se desploman desde lo más alto. Las mujeres y los viejos, sin motivo aparente, rompen a llorar.

Nada ha sucedido ni sucederá. Nada tiene vida propia. Las cosas ya no pueden ser conmovidas por la vigilia; apenas por la memoria.

No sé dónde oculta septiembre sus secretos, pero permanece allí, a medio camino entre la ciudad y el sueño.

Septiembre y todos los fantasmas.

Septiembre y todos los remordimientos.

Septiembre está por llegar.

## LASCIATE OGNI SPERANZA...

En el ascensor hay una veintena de personas, a pesar de que su capacidad es apenas para seis.

Pero de cualquier manera, decido hacerlo.

Tomo impulso desde mi oficina, corro con los ojos cerrados, las carnes crispadas, y de un solo envión me sumerjo en la confusión. Puedo introducir mi maletín justo antes de que las puertas lo atrapen.

El ascensorista había ya perecido. Creo ver una silla despedazada. Como los demás, cierro mis ojos y empiezo a golpear a ciegas. Las paredes se estremecen por la presión. El ascensor se ha movido imperceptiblemente y las luces se apagan.

Un gemido recorre el laberinto de los cuerpos enzarzados. Puedo darme cuenta de que alguien pretende abrir mi maletín. A cambio de un buen número de hojas en blanco, el intruso deja sus dedos.

La anciana que había estado pidiendo ayuda todo este tiempo, fue a parar dentro de la camisa de un hombre. Murió sofocada.

Alguien tuvo la ocurrencia de ponerse a cantar. Los gritos y los insultos no dejaron oír nada.

De pronto, el ascensor comienza a descender vertiginosamente y todos esperamos en suspenso el golpe que terminará con aquello. No obstante, el tiempo transcurre y seguimos bajando sin percatarnos de ningún final aparente.

Las caídas sólo se hacen reales cuando acaban, pero nadie sintió el menor atisbo de dolor.

Del ascensor no se supo.

## URBANA.

No estoy acostumbrado a las intrigas, pero en una tarde difícil como ésta no pudo haber sucedido otra cosa.

La primera en lanzarme aquella mirada extraña fue la cajera del supermercado. Creí que había sido sólo una casualidad, hasta que el muchacho que vendía periódicos me miró de la misma manera, con algo de hostilidad.

Opté por olvidar el asunto y tomé un autobús. El conductor, un hombre lánguido y maltratado por el sueño, me observaba igual que los otros. Busqué asiento con paso inseguro y terminé al lado de una mujer que en todo el viaje no apartó la vista de mí, esperando que yo la mirara con alguna complicidad.

Como los demás, perdió su tiempo. No lograrían implicarme en aquel asunto.

Me bajé del autobús y decidí volver a casa. La tarde, pensé, no duraría para siempre.

## ENXIEMPLO.

Se fueron a la misma hora de siempre y no habían llegado.

Algo ocultaban los vecinos. Al anochecer intenté forzar la puerta, pero fue inútil. Arremetí decidido contra ella y la eché abajo.

Para mi sorpresa los encontré adentro. Me recibieron con una mueca de extrañeza y después fui obligado a tomar asiento. A pesar de su amabilidad yo estaba seguro de que se habían ido a trabajar temprano, apenas disuelta la madrugada, y *no regresaron*.

Sé también que fui despedido para ocultar algo; lo hicieron como de costumbre, discretamente, y no sin antes haberme hecho cenar con ellos.

La excusa para que mi visita concluyera fue escueta y breve: tenían que acostarse, el día había sido pesado y estaban cansados.

Regresé aún obcecado por las dudas. Seguramente algo ocultaban. Pero ¿qué? ¿acaso también yo lo ocultaría?

Poco duraron mis cavilaciones; cuando llegué al apartamento donde vivía, encontré el piso encerrado contra la puerta y los goznes pendiendo en el vacío. Los libros habían sido echados sobre las butacas; los armarios y los escritorios, forzados. Todo en un completo desorden.

Sin embargo, no habían podido hallar lo que buscaban.

## COTIDIANA.

Tras una discusión, coloqué a mi mujer sobre la mesa, la planché y me la vestí. No me sorprendió que resultara muy parecida a un hábito.



Los niños.

Le ofrecí a uno, como prueba de aprecio, un helado. Algo malhumorado, se aproximó y tomó el obsequio con recelo. El muchacho no dio muestras de agradecimiento, todo lo contrario, lanzó contra mi mano extendida una feroz dentellada.

En cuestión de segundos sus compañeros, aún más indispuestos, se arrojaron sobre mí con toda la violencia que no cabía esperar en ellos. El dolor se hizo insoportable y tuve que apartarlos a la fuerza. En la calle desierta nadie habría podido prestarme ayuda.

El grupo, cada vez mayor, cada vez más incontrolable y enardecido, infundió en mí tal terror que acabé emprendiendo la huida.

No supe cómo, pero en pocos minutos lograron acorralarme. Sin otra escapatoria posible, subí apresuradamente a uno de los árboles que encontré en mi camino. Demasiado enfurecidos, los niños no lograban alcanzarme.

El silencio habría sido total si no se dejara escuchar, persistente, hostil, el chasquido escalofriante de sus dientes.

Pasaron las horas.

La ropa ensangrentada no podía protegerme del frío. Un cansancio denso y profundo recorrió lentamente mi cuerpo.

La lluvia dispersó la jauría que me esperaba allá abajo.

Cuando anocheció hice el intento de llegar a tierra, pero ciertos suspiros y rumores en la oscuridad me hicieron desistir de semejante idea. No tenía valor suficiente para arriesgarme de esa manera.

## TODOS LOS DIAS, NINGUNO.

Conocemos las asociaciones de condominio. Hemos sido víctimas de esas miradas intrigantes que las ancianas nos dirigen cuando desconocen por completo nuestras vidas privadas.

Jamás asistí a sus reuniones; procuraba siempre evitarlas.

Un día, fui emboscado al salir del ascensor. No habría podido sobrevivir a tanta violencia.

Nunca vería a los culpables.

Sin embargo, abrigaba mis sospechas.

## URBANA.

Desde niño, había sentido el deseo irreprimible de auscultar el pavimento de las grandes avenidas.

Los autos se detuvieron. Supe que era el momento oportuno.

El asfalto hervía. De rodillas, emocionado sin saber exactamente por qué, comencé a explorar el silencio que allí se ocultaba.

El semáforo en verde iluminó, súbitamente, el secreto.

## ZENON DE ELEA.

Todos huimos de alguien o de algo. A veces, echamos a correr en plena calle y sólo nos detenemos cuando, ya en el piso, advertimos que la prisa de otro nos ha derribado.

En alguna ocasión dos viejos amigos se reconocen e interrumpen su fuga para conversar. Hablan de los años pasados. Recuerdan los días de su juventud y la hija de algún vecino. Luego, irremediablemente, regresan a su huida.

Hay quien ceda el paso a un anciano o a una mujer. Ellas, sobre todo, suelen tomarse su tiempo, para después desaparecer con una sonrisa indescifrable.

Unos toman caminos difíciles; se precipitan a los bulevares y a las plazas más concurridas. Otros, prefieren los arrabales y las callejuelas solitarias.

Hay quienes escapan en silencio, sin proferir la menor protesta. Hay quienes prefieren derribar los obstáculos sin haber intentado rodearlos. Hay quienes no logran fijar un rumbo y hay quienes jamás se lo proponen.

Alguien, no muy lejos de aquí, ha emprendido una carrera vertiginosa sin dar siquiera un paso.

De pronto, todos acabamos por comprender que huimos de alguien o de algo, que perseguimos incansablemente a la tortuga, a la maldita tortuga...

ENXIEMPLO.

Si las puertas odiaran por un momento a los hombres,  
cuántos perecerían en el acto.

**ARS PEREUNDI.**

**Hoy he perdido una buena oportunidad de empleo.  
No confían en los suicidas.**

ENXIEMPLO.

He aquí la Mujer Total, soñada laboriosamente por muchos noche tras noche.

Está y no está, ése es su modo de ser.

## SEGISMUNDO AGONISTA.

Por alguna extraña circunstancia que aún no acierto a comprender, aparezco desnudo en medio de la calle, apenas cubierto por una diminuta toalla de baño que el viento deshace fácilmente. Soy presa del pánico. Sujeto lo que no puede caerse y empiezo a correr.

Despavorido, atravieso el tumulto de los niños del edificio que juegan a la Ere y echo al suelo a más de uno.

—¡Agarren a ese gordo!

Por supuesto, soy fácil blanco de las pedradas y los chinazos. Los dejo atrás gracias al azar y a la desesperación y alcanzo el ascensor, donde consigo al repartidor de pan. El portugués, un tanto nervioso, dejando un rastro de harina en el aire, decide salir en el primer piso.

Cuando llego ante la puerta de mi apartamento descubro, como era de esperarse, que no cargo la llave.

Adentro no hay nadie.

Este tipo de pesadillas concluyen cuando, aún medio dormido, despierto desnudo en las escaleras del edificio.



## ENXIEMPLO.

Una hebra de su camisa fue atrapada por la puerta del vagón.

El tren comenzó a alejarse.

La estación del Metro totalmente desierta.

Un repentino tirón en su hombro lo hizo caer. Aturdido aún por la sorpresa, quiso levantarse, pero no pudo mantener el equilibrio.

Nadie que lo ayudase.

Su ropa no tardó en desaparecer.

Durante algunos segundos, llenos sólo de silencio, pensó que todo había acabado. Pero entonces el hilo llegó a ese sitio oscuro en que la carne y la tela se confundían.

Un grito. ¿Fue suyo?

Insensible ya, partió tras el tren, deshilvanado rápida y minuciosamente.

Quizás lo último que intentó fue alcanzar las escaleras de la estación.

Jamás lo haría. De él sólo restaba la presencia incierta de todo lo que había sido.

FABELLA.

*La resignación infinita es  
el último estadio que precede  
a la fe...*

KIERKEGAARD

Lo que menos hubiéramos esperado de aquel sujeto era eso. Comíamos todos y su presencia se había hecho imperceptible. Entró con la mueca cotidiana de los que se disponen a almorzar y se sentó. Un camarero atareado, algunos minutos después, acudió a atenderlo. No pasó mucho tiempo antes de que le trajeran un plato de sopa. Por la espesura del vapor era fácil advertir que la primera cucharada iba a escaldarlo, y en efecto, tuvo que abrir la boca y llevarse las manos a la garganta, casi desesperado. Buscó sus anteojos, que habían caído al piso, y se ajustó la corbata. Una lágrima rodó por su cara. Pensamos que su llanto era lógico, pero luego comprendimos que se prolongaba mucho más allá de lo razonable. De repente, tras mirar el reloj, y con un vivo gesto de fastidio, hundió torpemente su rostro en el plato. Sólo al notar que sus manos amoratadas por la asfixia se retorcían de dolor, corrimos todos a ayudarlo. No bastaron diez personas para separarlo del plato y los cocineros vinieron a socorrernos. Entonces, avergonzado, se secó la cara enrojecida y nos sonrió.

Justo cuando volvíamos a nuestros asientos se repitió el mismo juego. Nosotros lo único que al principio hicimos fue mirarnos los unos a los otros y esperar que él solo se cansara de la broma. Pero los minutos pasaron pronto y nos alarmamos; parecía no arrepentirse de su actitud. De nuevo terminamos ayudándolo.

Hizo más tarde varios intentos de arrojar a la sopa, pero ya estábamos preparados. Teníamos la sensación de que un impulso irreprimible lo arrastraba a hacer aquello. Algún subterfugio para pasar el tiempo cotidiano de los almuerzos.

Una vez que abandonamos el lugar —nos contó un camarero al día siguiente—, nadie supo dar cuenta de

aquel desconocido: los cocineros, que no tenían la suficiente paciencia, contemplaron las últimas burbujas de asfixia que emergían del plato.

## ENXIEMPLO.

Nadie pudo tener una mejor oportunidad. Cruzando la calle, el viejo había caído de bruces y ahora yacía aturdido en el piso.

El primero en arrojársele encima fue un policía. Cayó con torpeza y el anciano dejó escapar algo parecido a un grito. Los demás no se hicieron esperar. Sobre el policía se echó un cartero y una mujer que venía de compras. Los vecinos corrieron al sitio con la intención de hacer crecer el bulo.

Cuando ya era una docena de personas la que sepultaba al viejo, pudo escucharse el chasquido de sus huesos con la claridad de todas las sorpresas calculadas.

Algunos, desde sus casas, corearon a los de la calle.

Para poder agregarse al grupo el párroco tuvo que ser ayudado, puesto que sus años no le permitían el esfuerzo de subir hasta la cima.

El bastón del anciano rodó calle abajo y sólo se detuvo junto a un carro en el que también se refugiaban los perros de la vecindad.

## SANTO OFICIO.

Casi me mato al rodar por las escaleras.

Ahora me persiguen tres capuchinos. Están armados. No se cansan. Desde la mañana empezaron a seguirme, silenciosos, casi furtivos, pero obviamente encolerizados. A veces logro hacer que crezca la distancia entre ellos y yo; sin embargo, por cualquier imprevisto, siempre están a punto de alcanzarme.

Se agrega otro monje.

Aparece uno más, pretendiendo cortarme el paso. Lo evito y cruzo a mitad de la avenida, deteniendo con brusquedad el tránsito. Ellos también lo hacen, trepando sobre los carros. Algún conductor exasperado los insulta.

Atravesamos en carrera una plaza y las palomas comienzan a volar espantadas. Ruedo algunos metros bajo un monumento público y vuelvo a escapar justo antes de que uno de los monjes me golpee.

Entro a la catedral ensombrecida y cuando intento recuperar el aliento, advierto a varios de ellos que salen de los confesionarios y se arrojan sobre mí. Maldigo, insulto y salgo.

Afuera me esperan otros y están a punto de prenderme. Sin saber exactamente cómo, escurro el bulto y me deshago de los capuchinos, cada vez más exaltados.

Huyendo entre la gente, pienso perderlos de vista, pero cuando menos lo espero surge uno de aquellos hábitos e intenta atraparme sin ningún éxito.

De vez en cuando golpeo a alguna mujer por confusión y los caballeros que la rodean casi consiguen lo que los monjes no han podido.

Comienzo a sentirme demasiado cansado. Entro en un callejón solitario y me doy cuenta de que no tiene salida. Los monjes me han descubierto y tengo que introducirme rápidamente en un edificio tiznado de hollín. El

ascensor es muy lento y me veo obligado a subir las escaleras.

Ya casi no puedo respirar. Me persiguen de cerca. Algunas personas alarmadas por el escándalo se asoman desde sus casas, pero al comprender de qué se trata cierran de nuevo sus puertas, decepcionadas.

Poco a poco pierdo las fuerzas; siento el silbido de sus armas cerca de mi oído y emprendo otra vez la huida.

Sus pasos retumban en todo el edificio.

Llego exhausto y asustado a la azotea. No hay allí escapatoria posible.

Me acerco al borde del abismo.

Están a punto de alcanzarme.

Cualquier resistencia es absurda.

Por último, me arrojo al vacío.

## ENXIEMPLO.

Eran, evidentemente, malos augurios.

Tres mujeres vestidas de negro al cruzar la esquina.

Tres tullidos poco antes de llegar a casa.

Una caravana coronada hacia el cementerio.

El apartamento a esa hora estaba vacío. Sólo luz y algo de sombra en las cortinas embestidas por la brisa.

Desde la ventana descubrí los últimos carros que enfilaban al camposanto.

Nada más.

## ESCENA CON GRILLOS.

Encontré a un viejo amigo en la nevera y lo convidé a cenar. Al principio hizo el intento de rehusar la invitación, pero mi insistencia lo obligó a aceptar.

Hablamos de los tiempos en que habíamos estudiado juntos. Sintió curiosidad por saber si estaba casado, si tenía hijos. Le contesté que no, que en la casa, a excepción mía, no había otra persona. Alguna mujer de turno, los vendedores, nadie más solía acercarse a aquel sitio.

Mientras conversábamos me fijé en el extraño brillo de la escarcha en sus hombros; la fría humedad de su ropa. No pudo evitar incluso estornudar de vez en cuando.

Al terminar de comer, tomó su abrigo y se fue.

De nuevo solo, vi cómo se alejaba. Algún presentimiento me hizo correr las cortinas y cerrar la ventana. Apagué las luces y solamente se oyó el planto infame de los grillos en la noche.



## DEPARTURE.

Deja que las puertas se abran solas.

Deja que todo transcurra en silencio hasta que llegue el momento de entregar el equipaje, ahora tan ligero.

Deja que las cosas se resuelvan por sí solas, con pasaporte o sin él, con impuesto o sin él, con adiós o sin él.

Deja que las puertas se abran.

No has querido entrar. Con frecuencia nadie te acompaña cuando sales.

ENXIEMPLO.

Anduve calle tras calle lamentando no encontrar lo  
que había perdido.

Jamás supe de qué se trataba.

Así de absurdo.

## NEKYIA.

Regresaba sobrio, como de costumbre. Solamente a su descuido habría podido culpar de aquel accidente.

No muy lejos de allí está su casa.

Ha caído desde muy alto. La alcantarilla es profunda y oscura. ¿Quién demonios quitó la tapa?

Se levanta y da voces, pero nadie responde.

Transcurren las horas. El cielo poco a poco pierde su brillo. No le ha sido difícil acostumbrarse a la idea de pasar la noche en aquel sitio.

Alguien deja caer un papel.

Sólo el rumor malsano de las ratas interrumpe el silencio.

¿Qué sucedería si tampoco mañana le prestasen ayuda? ¿tendría que permanecer allí? ¿cómo podría vivir en semejante lugar?

Transcurren los años. De vez en cuando alguien escucha sus llamados, pero la oscuridad allá abajo es impenetrable. Cualquiera dudaría de lo que ha creído oír.

Siguen transcurriendo los años. Ya las ratas no lo atemorizan. Los días y las noches, afuera, se suceden con la misma regularidad de siempre; solamente las horas resultan mucho más inverosímiles.

Su único temor es simple: puede ocurrírsele a alguien tapar la alcantarilla.

La caída se haría entonces demasiado real.

NO SÉ QUÉ PRETENDE LA MUERTE,  
ÓCULTA ENTRE MIS SÁBANAS.

Apenas despierto, sin motivos aún para pensar, descubro la séptima cara del dado.

Está junto a las otras, en medio de ellas y a un lado. Allí, donde no llega el Azar.

## ENXIEMPLO.

Para que me perdonaran comencé a cojear en plena calle. Como si no pudiese caminar. El bambolearse vago de los lisiados. Pero la gente seguía mirándome; aunque hubiese tenido una muleta la gente seguiría viéndome de reojo, intentando contener la risa, o llamando la atención sobre mí con un codazo mal contenido en el compañero de al lado.

No tardé mucho en inventarme una historia personal. Estaba así desde mi nacimiento. O no. Mejor sería a causa de un accidente, de esta manera se sentirían más culpables y el desprecio se atenuaría por una vileza involuntaria.

Una vez que las personas me han visto en tal estado se apartan y dejan pasar mi condición intolerable de lisiado. Pero eso no impide que sonrían.

Mis amigos se sentirán muy mal al enterarse de quién soy ahora.

Tambaleo desesperado hasta llegar a casa y ya allí no me queda más que volver a caminar normalmente.

Me acerco al ventanal asediado por la luz y sonrío.

## OTOÑO.

En Europa los árboles se despojan, quedan desnudos, se someten a la intemperie sin follaje.

Una tras otra, la brisa arrastra las hojas muertas.

Este ha sido uno de los peores otoños en muchos años.

Las tormentas se suceden con rapidez asombrosa. El tránsito de las ciudades fue detenido; ciertos barrios, aislados. Algunos niños y ancianos han perecido sepultados bajo las hojas en los parques.

## LAS HIJAS DE AQUELOO.

Los cantos emergieron del suelo. Eran profundos y ajenos. Nadie percibió, sin embargo, los ecos estridentes que salieron a recorrer las calles una tras otra, hasta ese sitio lejano donde no llega la ciudad.

Los transeúntes, postrados ante la alcantarilla, contemplaron la oscuridad y enmudecieron.

## DESARROLLO DE UNA IDEA SOBRE UNA IMAGEN PARTIDA EN DOS POR LA LUZ DEL VENTANAL.

Hace dos semanas, Fco. despertó y descubrió a su lado a una mujer que no pudo reconocer de ninguna forma. La vio levantarse a contraluz y vestirse en alguna oscura ceremonia que no alcanzó a entender. La falda primero; los zapatos; tal vez las baratijas indispensables que se anillaron a su muñeca. De nuevo calzándose, colgando los zarcillos frutales, una vez más la falda y el sigilo después. Extendido inmóvil en la cama no hizo preguntas ni ella trató de interrumpir aquel silencio. La vio salir y entrar al baño, verter los senos en el sostén, la vio siguiendo su propio rastro hasta el espejo. Fco. cerró sus ojos para no verla más, pero continuó presintiendo sus leves pisadas sobre la alfombra, sobre el portal, sobre la acera, y luego a paso quedo bajo el parral de la avenida. Sólo entonces pudo conciliar el sueño.



## ENXIEMPLO.

Nace en algún lugar de mi frente. Allí, donde el dolor es inexacto. Un dolor cada vez mayor, fluido y palpitante.

Sus raíces atenazan mis sienes.

Uno tras otro todos hacen el intento de arrancar la corteza viscosa y movediza, pero sólo logran que la sangre brote de ella.

Les pido con señas desesperadas que cierren las cortinas. Tuve el presentimiento de que en cualquier instante sus ramas se inclinarían dolorosamente hacia la luz imantada de la mañana.

Pasan los días y un follaje espeso, salido de algún lugar de mi carne, ha coronado la encina. Su tamaño aumenta. Durante la noche el estremecimiento de la madera impaciente no nos permite dormir. Alcanza el cielo raso y crece a lo largo, hasta llegar a la ventana.

Explora mis entrañas en busca de alimento.

El reloj de la sala, como si prometiese algo, suena trece veces.

La encina estrecha las paredes de la casa, penetra las grietas abandonadas a la oscuridad, tantea ciega las hojas del tejado, las levanta y las echa al viento.

El cascarón informe que alguna vez fue mi cabeza separa el tronco desmesurado de las raíces. En mis sienes (¿cuál de todas esas ramas?) se agolpa la savia enloquecida.

Enmarañado, me aferro a las cosas que conocí.

## NEKYIA.

Tantear cuidadosamente cada escalón, pues la oscuridad que reina en el sótano es casi impenetrable.

Diez, quince, veinte.

Ver cómo la puerta, allá arriba, se cierra.

Sentir que la ceguera se apodera de sus ojos.

Tener que regresar.

Diez, quince, veinte, treinta escalones y aún la puerta no ha aparecido.

Otros diez, otros quince, otros veinte y no aparece.

La escalera infinita.

Subir entonces atropelladamente, sin llevar la cuenta, sin encontrar la salida.

Todo sumido en tinieblas, menos el miedo, resplandeciente.

Saber que su cuerpo se deja llevar a ningún sitio por el cansancio.

Sentarse y cerrar los ojos para intentar descubrir algo.

## ENXIEMPLO.

Afuera, septiembre se cernía sobre las cosas.

Un libro desconocido. Sobre la mesa no había más. El mantel ondeaba fantasmal, apenas sacudido por la brisa.

Silencio.

¿Quién lo puso allí? Intentó leer algo, pero fue imposible; la vejez, entre otras cosas, casi le había quitado la vista.

No le dio mayor importancia al asunto.

Al día siguiente, descubrió otro libro. Estaba entre sus manos cuando despertó, como si lo hubiese leído durante la noche. Un tanto sorprendido, se levantó y fue hasta la sala. Allí encontró unos pocos más.

Algo parecido al pánico estuvo a punto de apoderarse de él. Quiso acudir a alguien, pero comprendió de antemano que sería inútil. A fin de cuentas, nada malo podría suceder.

Emprendió la difícil tarea de reunir y ordenar sobre algunos anaqueles improvisados los libros que poco a poco le salían al paso por toda la casa. Pronto supo que trabajaba en balde. Nuevos volúmenes se infiltraban sigilosos entre los ya ordenados, hasta exceder la resistencia del mueble y echarlo todo abajo.

El caos entonces fue total.

Los libros seguían apareciendo. Creía percibir en ellos curiosas afinidades, un extraño concierto dentro de la confusión abrumadora que acechaba aquí y allá. A duras penas podía distinguir cierto nombre que se repetía invariablemente en cada cubierta, unas veces grabado en oro, otras veces impreso en caracteres desconocidos que se difuminaban y desdibujaban hasta llegar tan sólo a una vaga sombra sobre el papel.

Las cosas desaparecían sumergidas en la anarquía general.

Nuevamente sintió temor. En cierta ocasión, un cansancio denso, hasta entonces desconocido, lo obligó a dormir en el sofá. Algunas horas después, al despertar, supo que había estado a punto de perecer sepultado por una marejada incontenible de libros, polvo y pesadillas sobrepuestas una tras otra.

Debía hacer algo cuanto antes. Salir corriendo de la casa. No. Era una solución demasiado simple. Prefería algo más digno de su propia desesperación.

Justo en aquel momento, los libros comenzaron a brotar en todas partes, recién salidos de la nada. Se trataba esta vez de un verdadero alud. Tapiaron las habitaciones y el comedor. Colmaron los corredores y el zaguán. Derribaron las puertas.

No le restó otra alternativa sino buscar refugio en la cocina.

Pronto quedaría atrapado. Pensó entonces en el fuego. Era la única salida posible.

Tomó uno de los volúmenes y lo acercó a la horni-lla, pero las llamas no envolvieron el papel.

Comprendió que la materia de los sueños no habría podido consumirse tan fácilmente.

Fue lo último que supo antes de morir.

DOÑA ALDA  
(AUGURIO)

El azor con grande cuita  
metióse so mi brial. . .  
(*Canc. de Rom.*, 1550, fol. 102.)

Suelen los perros perseguir a los gatos.

El gato fue a refugiarse en la bata de la Sra. Ella, venciendo los escollos de su enorme cuerpo y los esfuerzos que su peso le imponía, intentó hacerlo salir, pero fue tarde: el perro llegó y también se introdujo. Ambos animales lucharon desafortadamente dentro del vestido de la anciana, que cayó al piso emboscada por el pánico. La confusión la arrastró de un sitio a otro sin saber cómo reaccionar.

Cuando trató de levantarse, una nueva arremetida en su espalda la echó de bruces contra una pared y la Sra. dejó en el lugar, salpicado por la sangre, algunos dientes ya cobrizos.

Llamó a su marido, pero éste no la oyó; estaba dándole de comer a los canarios.

Sintió que su piel se rasgaba y que de un momento a otro su ropa iba a humedecerse. Comprendió que la bata se ensuciaría y gritó con más fuerza, pero no obtuvo respuesta.

Por fin, algunos minutos después, tras haber sido llevada por los corredores y habitaciones, tras haber reconocido las innumerables telarañas que los muebles del almacén podían albergar, la Sra., a punto de perder el sentido, creyó ver cómo el gato salía de su bata.

Tras él iba el perro.

## TRISTAN E ISOLDA.

Cuentan que Marcos, como Midas, usó un enorme sombrero negro durante muchos años de su vida.

Cuentan que en él no ocultaba sus orejas.

## URBANA.

Como en los viejos juegos de los niños, mi vecino se impuso la difícil tarea de llegar a casa con los ojos cerrados.

Salía del trabajo con su enorme maletín negro, como siempre, pero ahora levantando las manos, haciéndose el ciego. Qué bien se habría visto mi vecino pidiendo en la entrada de la catedral.

Caminó algunas cuadras apoyándose en las paredes, atravesó las calles ayudado por los transeúntes que le decían que cómo se le ocurre salir sin su bastón, sin su perro o su hijo —que para los extraños suelen ser lo mismo—, que qué imprudencia, hombre. Y él sonreía para sus adentros, si supieran que sólo estaba jugando, que lo hacía por el placer de hacerlo, que no era ciego.

Llegó al edificio, divertido, porque oía el saludo de sus conocidos y se los imaginaba admirados, contemplándolo hasta que se perdía aún más de vista, y ahora qué le pasa a éste, se volvió loco, y él no, él casi sin aguantar la risa, qué estarán pensando.

Sube la escalera, palpa el pasamano con sus dedos, casi alcanza la puerta del apartamento que lo espera.

Voy a llegar, se decía.

Y llegó.

## NEKYIA.

Hemos caído rendidos por el cansancio y el sueño en uno de los vagones del Metro, adormecidos por el rumor de los pasajeros que nos rodean y el estruendo inhumano de la maquinaria.

Despertamos algunas horas después, completamente solos.

El tiempo pasa, interminable, y no llegamos a ninguna estación.

Pensándolo bien, la ruta que seguimos nos es desconocida. Presas del pánico, accionamos el freno de emergencia, sin que nadie se alarme o acuda a nosotros.

Salimos a los túneles sumergidos en tinieblas, dispuestos a regresar a pie por las vías que ya hemos recorrido.

Aparece entonces, en medio de la oscuridad, el tren que tomamos horas atrás, destrozado contra una pared de concreto, sin señales de vida.

No sabemos qué ha sucedido.



## ENXIEMPLO.

Ese era el día propicio para matar al perro. En la calle todos lo supieron.

El primero en arrojársele encima fue el hijo de la Sra. de enfrente. Le mordió la cola y regresó después a los brazos de su madre, atemorizado por los aullidos.

La Sra., a carterazos, logró espantar al animal.

Un muchacho, no muy lejos de allí, intentó hacer de él pista para su bicicleta.

Tras algunos minutos de silencio, oculto en un callejón solitario, el perro pensó haberse salvado.

De pronto, una dentellada furiosa se apoderó de su hocico.

Era el cartero.

## ATENTADO

Su último pensamiento fue una mezcla confusa de sorpresa y resignación.

Ya no hacían los yesqueros como antes.

## TAMBIEN URBANA.

Fue algo rápido, lógico y criminal. Las monjas, si no me equivoco, eran carmelitas. Se detuvieron en el sitio donde estaba yo distraído y de un tirón me hicieron entrar en el auto. Ya en camino, se miraron entre sí y la que parecía dirigir el grupo hizo una seña, tras la cual empezaron todas a golpearme apenas con sus puños de ardillas enfurecidas. Yo, ofuscado, no sé si sorprendido o espantado, no alcancé a hacer nada, simplemente me dejé dar aquella golpiza. El calor tornó irrespirable el interior del carro; mi vista fue anegada por la sangre y la confusión de las monjas. Algunos minutos más tarde, a punto de perder el sentido, intenté defenderme. Estoy seguro de que lastimé a alguna de ellas, pues sentí el sonido hueco de un vientre bajo mis pies. El golpe decisivo me lo propinó la novicia que iba al volante, adornado su rostro por unos pudorosos bigotes negros.

No sé cuánto tiempo después, desperté justo en el instante en que era arrojado a una plaza solitaria. Me levanté y pude ver, ya lejos, cómo el carro cruzaba por una esquina y desaparecía.

## ANIMA MEA.

Ciertos momentos de nuestra vida son francamente aterradores. Basta frotar, mientras tomamos una ducha, la pastilla de jabón recién comprada esta tarde, para que emerja, súbitamente, de una de las burbujas, la mujer tantas veces deseada y nunca alcanzada.

Podremos contemplarla entonces, recorrer su desnudez una vez tras otra con miradas lúbricas, descubrir en sus ojos que ella también arde en deseos por nosotros. Pero no más. Todos sabemos lo frágiles que son las burbujas de jabón. Todos hemos visto cómo se deshacen cuando intentamos apoderarnos de ellas.

**EDIPO, REY.**

**Edipo y Antígona en Colona.**

**Nada bueno puede esperarse en un bosque tan solo,  
conociendo a Edipo.**

**AEROPUERTO.**

**Adónde nos envían las puertas giratorias.**

## ACTO DE CONTRICION.

Hemos recurrido a la confesión para disculpar lo que a veces no conocemos.

En esta oportunidad habría ocurrido lo mismo, si de pronto no comprendiese que siempre había sentido una enorme curiosidad por averiguar qué se ocultaba allí, en la oscuridad del confesionario.

Tenía forma de mujer. Su respiración, tenue; su cuerpo, tibio.

Así son todos los secretos.

## EDIPO, REY DE NUEVO.

Edipo volvió a cometer incesto secretamente, en Colona, cuando su hija y hermana, Antígona, le servía de lazarillo.

Tuvieron un hijo.

Con respecto a esta criatura nada es seguro, a excepción de que era hijo de sus padres, hijo de sus tíos, hijo de su abuelo, nieto de su tío, bisnieto de su abuela y sobrino de sus padres.

El vértigo lo condujo a la muerte.



## DIES IRAE.

*El Juicio Final no es fábula,  
o alegoría, sino visión. . .*

WILLIAM BLAKE

Dicen que todo comenzó cuando se oyeron en la ciudad unos gritos lejanos, salidos de algún lugar desconocido.

Dicen que los perros, inquietos, fueron a refugiarse en los callejones más oscuros y remotos que albergaban los arrabales.

Dicen que la reacción inmediata de todos fue golpear atrocemente a quien más cerca estuviese, el hijo al padre, el padre a la madre, la madre al vecino y el vecino a su esposa.

Dicen que las mujeres —enjambres y enjambres de ellas—, siguieron a los hombres para violentarlos. Y lo hicieron.

Dicen que los niños acosaron a los transeúntes hasta que éstos tuvieron que subir a los árboles más altos para no ser alcanzados.

Dicen que los autos embistieron a los peatones implacablemente, derribaron semáforos, faroles, puertas, subieron escaleras y más escaleras para dar en su blanco.

Dicen que, una vez abatido el peatón, los demás conductores esperaron en pacientes filas su oportunidad para pasar sobre él.

Dicen que las ancianas piadosas colocaron sus bastones convenientemente en el camino de los ciegos, para que éstos tropezaran y se fueran de bruces.

Dicen que los mudos enloquecieron porque les fue imposible demostrar su miedo a gritos.

## EXCURSO

## SEPTIEMBRE.

Ciertos avisos habrían podido hacernos ver lo que ocurriría, pero no supimos leerlos. Un ulular subterráneo que emergía de las calzadas atravesando el asfalto. Las miradas cómplices que intercambiaban las personas en la calle. La violencia y los tumultos. El árido soplo de la brisa.

Los semáforos en verde perpetuo obligaron a todos los autos a avanzar uno tras otro, atropelladamente, sin detenerse ni un solo instante, hasta que el tráfico, sus insultos y su delirio, abandonaron de una vez para siempre la ciudad.

Los transeúntes los siguieron en fila india, manteniendo las distancias con sus manos en los hombros del compañero de enfrente.

La soledad se apoderó de todo, como si alguna esclusa, de pronto, hubiese sido abierta.

Ahora la ciudad me pertenecía y ése era el final.

## INDICE

Urbana .....	9
Dies Irae .....	10
Ataraxia .....	11
Enxiemplo .....	12
Septiembre .....	13
Lasciate Ogni Speranza... ..	14
Urbana .....	15
Enxiemplo .....	16
Cotidiana .....	17
Mateo 19, 14 .....	18
Todos los días, ninguno .....	19
Urbana .....	20
Zenón de Elea .....	21
Enxiemplo .....	22
Ars Pereundi .....	23
Enxiemplo .....	24
Segismundo agonista .....	25
Enxiemplo .....	26
Fabella .....	27
Enxiemplo .....	29
Santo Oficio .....	30
Enxiemplo .....	32
Escena con grillos .....	33
Departure .....	34
Enxiemplo .....	35
Nekyia .....	36
No sé qué pretende la muerte (...) .....	37
Enxiemplo .....	38
Otoño .....	39
Las hijas de Aqueloo .....	40
Desarrollo de una idea (...) .....	41
Enxiemplo .....	42
Nekyia .....	43
Enxiemplo .....	44
Doña Alda .....	46

Tristán e Isolda .....	47
Urbana .....	48
Nekyia .....	49
Enxiemplo .....	50
Atentado .....	51
También Urbana .....	52
Anima mea .....	53
Edipo, Rey .....	54
Aeropuerto .....	55
Acto de contrición .....	56
Edipo, rey de nuevo .....	57
Dies Irae .....	58
EXCURSO .....	59
Septiembre .....	60

## COLECCION CUADERNOS DE DIFUSION

- 1 Antología. — *José Antonio Ramos Sucre.*
- 2 Manual de Extraños. — *Juan Calzadilla.*
- 3 Visión de la pintura en Venezuela. — *Roberto Montero Castro-Juan Calzadilla.*
- 4 La plataforma continental. — *Kaldone Nweihed.*
- 5 La crisis de la sociedad colonial venezolana. — *Germán Carrera Damas.*
- 6 El tirano Aguirre. La Conquista del Dorado. Suenan los teléfonos. — *Luis Britto García.*
- 7 La ciencia amena. — *Aristides Bastidas.*
- 8 Lao-Tse y Chuang-Tse. — *Angel Cappeletti.*
- 9 Espacios en disolución. — *Hanni Ossott.*
- 10 Ejercicios narrativos. — *José Balza.*
- 11 Cine y política. — *Raúl Beceyro.*
- 12 Libro de intervalos. — *María Elena Huizi.*
- 13 Ecología: La paradoja del siglo XX. — *Carlos Machado Allison.*
- 14 La lucha corporal y otros incendios. — *Ferreira Gullar.*
- 15 El arte de narrar. — *Juan José Saer.*
- 16 La educación superior en Venezuela. — *Orlando Albornoz.*
- 17 Los instrumentos de la orquesta. — *René Rojas.*
- 18 El agresor cotidiano. — *Ednodio Quintero.*
- 19 Maquilando el cadáver de la revolución. — *Julio Miranda.*
- 20 Trébol de la memoria. — *Cecilia Ortiz.*
- 21 Los insectos y las enfermedades. — *Carlos Machado - Ricardo Guerrero.*
- 22 Narración del doble. — *Gabriel Jiménez Emán.*
- 23 Indagación por la palabra. — *Gabriel Rodríguez.*
- 24 Textos de anatomía comparada. — *Mariela Alvarez.*
- 25 Piezas perversas. — *Rodolfo Santana.*
- 26 Los pasos por volver. — *Luis Masci.*
- 27 El día que me quieras. — *José Ignacio Cabrujas.*
- 28 Cadáveres de circunstancias. — *Ludovico Silva.*
- 29 Brasa. — *Márgara Russotto.*
- 30 El destierro. — *María Elena Huizi.*
- 31 Memoria en ausencia de imagen-Memoria del cuerpo. — *Hanni Ossott.*
- 32 El poeta de vidrio. — *Armando Romero.*
- 33 33 construcciones de origen japonés. — *Andrés Mellado.*
- 34 Esto que gira. — *Vasco Szinetar.*
- 35 Ultima luna en la piel. — *Orlando Chirinos.*
- 36 Los espacios del tiempo. — *Marilyn Contardi.*
- 37 Apuntes sobre el texto teatral. — *Edilio Peña.*
- 38 Un fausto anda por la avenida. — *César Rengifo.*

- 39 Los caminos borrados. — *Earle Herrera.*
- 40 Transformaciones. — *Rodolfo Privitera.*
- 41 Ejercicios para el olvido. — *Enrique Mujica.*
- 42 El dado virgen. — *Raúl Henao.*
- 43 Bitácora del alcastraz. — *Freddy Hernández.*
- 44 Pasturas. — *Gelino Casasola.*
- 45 Textos para antes de ser narrados. — *Alejandro Salas.*
- 46 Mundo Alterno. — *Gabriel Armand.*
- 47 Metales. — *Emilio Briceño Ramos.*
- 48 Sol quinto. — *Miguel Szinetar.*
- 49 Distancias de la huella. — *Manuel Hernández.*
- 50 Los Hermanos. — *Edilio Peña.*
- 51 Alfabeto para analfabetos. — *Isaac Chocrón.*
- 52 Vida con mamá. — *Elisa Lerner.*
- 53 La última actuación de Sarah Bernhardt. — *Néstor Caballero.*
- 54 El sueño de las tortugas. — *Pedro Riera.*
- 55 Babel 73. — *María Luisa Lazzaro.*
- 56 Fuego de tierra. — *María Luisa Lazzaro.*
- 57 El poeta invisible. — *Julio Miranda.*
- 58 Libro de mal humor. — *Roberto Hernández Montoya.*
- 59 Alguna luz - Alguna ausencia. — *Santos López.*
- 60 Confidencias del cartabón. — *Iliana Gómez Berbesí.*
- 61 El monigote y otros relatos. — *Juan Antonio Vasco.*
- 62 Antología de la casa sola. — *Luis Alberto Angulo.*
- 63 El festín de los muertos. — *Víctor Guédez García.*
- 64 Si muero en la carretera no me pongan flores. — *César Chirinos.*
- 65 La otra distancia. — *Margaret Pigaro.*
- 66 El viejo grupo. — *Román Chalbaud.*
- 67 Nueva crítica de teatro venezolano. — *Isaac Chocrón.*
- 68 Los 1001 cuentos de una línea. — *Gabriel Jiménez Emán.*
- 69 Difuntos en el espejo. — *Chevíge Guayke.*
- 70 La sombra de otros sueños. — *Gustavo Guerrero.*
- 71 Los andantes. — *José Quintero Weir.*
- 72 Cartas de relación. — *Antonio López Ortega.*
- 73 Principio continuo. — *Alfredo Chacón.*
- 74 Muerte en el paraíso. — *Luis Britto García.*
- 75 25 poemas. — *Reynaldo Pérez Só.*
- 76 El habitante final. — *Adelis Marquina.*
- 77 Poemas. — *Francisco Madariaga.*
- 78 A la orilla de los días. — *Eleazar León.*
- 79 Reverón. — *Levy Rossell.*
- 80 Hasta que llegue el día y huyan las sombras. — *Hanni Ossott.*
- 81 El otro salchicha. — *Armando José Sequera.*
- 82 La historia que no nos contaron. — *Carlos Pérez Ariza.*
- 83 El rumor de los espejos. — *David Alizo.*
- 84 Del antiguo labrador. — *Elizabeth Schön.*
- 85 Dime si adentro de ti no oyes tu corazón partir. — *Laura Antillano.*
- 86 Antología. — *José Barroeta.*
- 87 Habitación de olvido. — *Ramón Querales.*
- 88 Cuerpo. — *María Auxiliadora Alvarez.*

- 89 Las bisagras o Macedonio perdido entre los ángeles. — *Néstor Caballero*.
- 90 El vendedor. — *Mariela Romero*.
- 91 Oculta memoria del ángel. — *Orlando Chirinos*.
- 92 La andariega. — *Alicia Alamo Bartolomé*.
- 93 El último regalo. — *Edilio Peña*.
- 94 Vida en común. — *Manuel Cabesa*.
- 95 Una cáscara de cierto espesor. — *Juan Calzadilla*.
- 96 Correo del corazón. — *Yolanda Pantin*.
- 97 Teatro. — *Ugo Ulive*.
- 98 Viola D'Amore. — *Márbara Russotto*.
- 99 El bosque de los elegidos. — *José Napoleón Oropeza*.
- 100 Mezclaje. — *César Chirinos*.
- 101 Amigos para siempre. — *Carlos Moros*.
- 102 Antología poética. — *Víctor Valera Mora*.
- 103 Soneto al aire libre. — *Miguel Márquez*.
- 104 Visión memorable. — *Miguel Gomes*.
- 105 Cerrícolas. — *Angel Gustavo Infante*.
- 106 Contracuerpo. — *Wilfredo Machado*.
- 107 Parálisis andante. — *Juan Antonio Calzadilla*.
- 108 Soy el animal que creo. — *Santos López*.



ESTE LIBRO SE TERMINO DE  
IMPRIMIR EL DIA 9 DE MARZO  
DE MIL NOVECIENTOS OCHENTA  
Y SIETE EN LAS PRENSAS  
VENEZOLANAS DE EDITORIAL  
ARTE, EN LA CIUDAD DE  
CARACAS

sujeto era

Sólo a



**Miguel Gomes (1964)** finaliza en la actualidad sus estudios de Letras en la Universidad Central de Venezuela con una tesis sobre literatura picaresca española bajo la tutoría del conocido ensayista Francisco Rivera. Es, además, un excelente traductor de poesía portuguesa contemporánea y un colaborador regular de las Páginas Culturales de El Universal.

Foto: Vasco Szinetar

e  
di  
prim  
or  
ra c  
able. rir  
espe  
piso, y  
compre  
imos que  
De repente, tras  
tidio, hundió to  
que notar que sus ma  
dolor. c

mos te

Entró con la  
Imorzar y s  
tos despu  
antes d  
el va



CUADERNOS DE DIFUSION N° 104



FUNDARTE

Fundación para la Cultura y las Artes del Distrito Federal